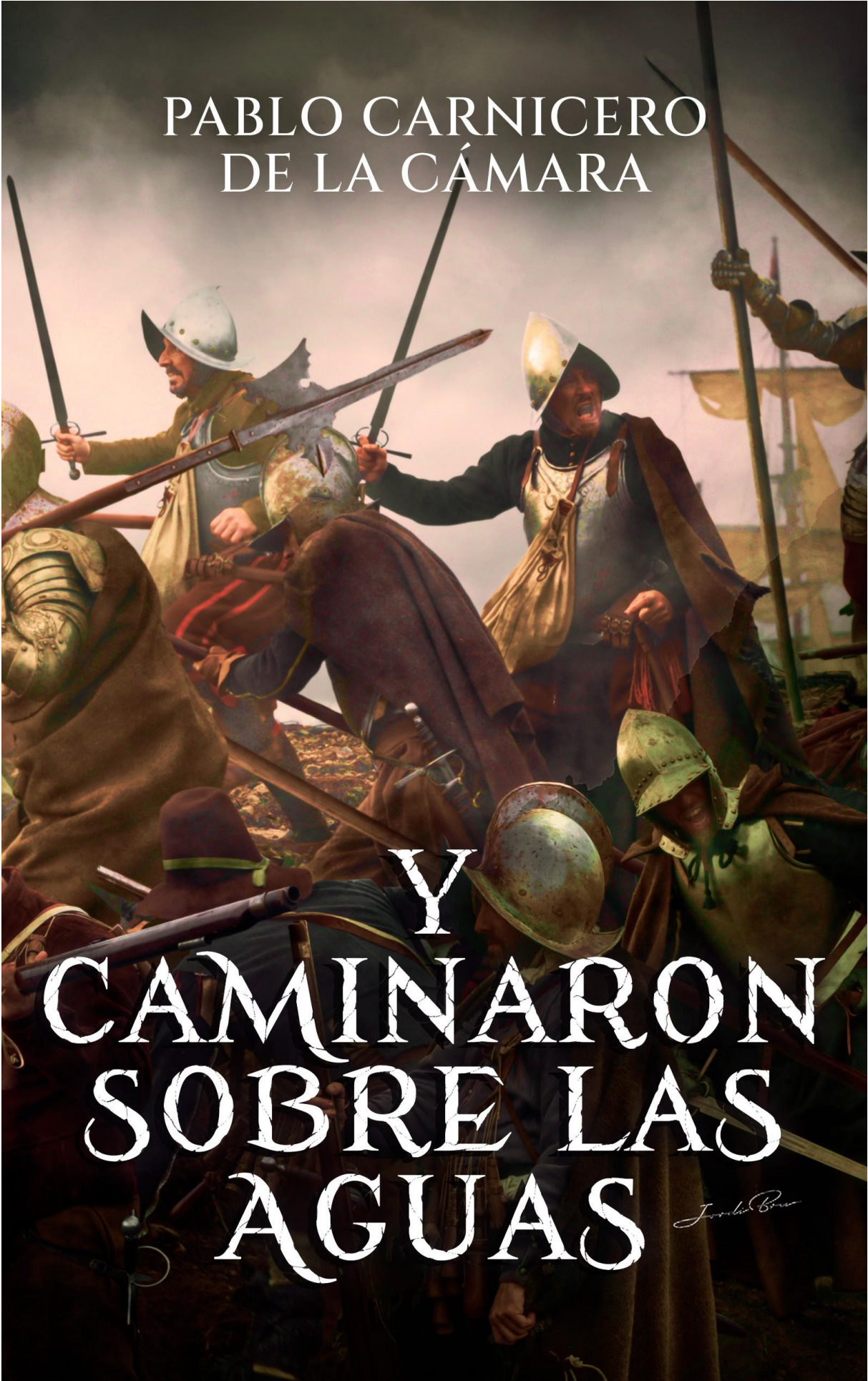


A detailed oil painting depicting a chaotic battle scene. In the foreground, soldiers in 16th-century armor are engaged in combat. One soldier on the left wears a silver helmet and a green tunic, holding a sword. Another soldier in the center wears a dark tunic and a silver helmet, also with a sword. A third soldier on the right is in a green tunic and helmet, looking towards the viewer. In the background, a large sailing ship is visible on the water under a cloudy sky. The overall tone is dramatic and historical.

PABLO CARNICERO
DE LA CÁMARA

Y
CAMINARON
SOBRE LAS
AGUAS

Joachim Beu

Y CAMINARON SOBRE LAS AGUAS

PABLO CARNICERO DE LA CÁMARA

Fotografía de portada: Jordi Bru.

Diseño de la cubierta: Verónica Espinosa.

Revisión ortotipográfica: Neftalí Lamolda

Edición no definitiva. Prohibida su distribución sin el permiso del autor.

Pablo Carnicero de la Cámara.

pablocarniceroescritor@gmail.com

Instagram: @pablo_carnicero

<https://www.facebook.com/pablocarniceroautor>

I

Aguas próximas a las islas Pontinas, mar Tirreno.

Mayo de 1585.

Era una trampa, y toda la tripulación era consciente de ello. La galera protestó con un agudo crujido mientras los remos de la chusma pugnaban por desembarazarla de la carraca turca que habían asaltado. Los grumetes instalados en las antenas habían avisado poco antes de la aparición de dos velas más en el horizonte, y uno de ellos juraba por sus ancestros que se trataba de la Alhambra.

—Es una trampa —masculló Jorge Manzúa, capitán de la Toledana—. ¡Mantened el fuego sobre la cubierta! —ordenó con voz potente.

Minutos antes, la galera se había abalanzado sobre su presa como un halcón marino al embestirla con su espolón, provocando una brecha en la proa bien acompañada por el fuego de la artillería y los mosquetes cristianos. Pero tras afianzar los garfios y aparejos de abordaje sobre la cubierta enemiga, un pelotón de soldados irrumpió desde la bodega de la carraca y abrió fuego sobre ellos provocando serio daño sobre la primera oleada de asaltantes que accedía al navío. El combate fue encarnizado y, aunque el fuego de mosquetes y arcabuces cristianos logró diezmar a los defensores, el avistamiento de dos velas enemigas había truncado cualquier plan de batalla.

El capitán ordenó regresar a la galera sin perder de vista al enemigo, intercambiando cuchilladas bien protegidos por la escopetería aliada. La artillería de la galera barrió la proa enemiga con una lluvia de metralla bien dirigida por el pulso del maestro artillero Guillermo de Ávila. Los esforzados galeotes bogaban con toda el alma para alejar al navío de su presa y ganar mar abierto al ritmo marcado por el silbato del cómitre. El látigo restallaba dibujando nuevas muescas carmesíes en sus ya castigadas espaldas.

El potente rugido del cañón de crujía estremeció a la Toledana y abrió un nuevo boquete en el casco de la carraca enemiga. Las culebrinas maltrataron el palo mayor y el velamen, y el capitán no ordenó virar hasta que el cañón de crujía volvió a arrojar una nueva andanada que terminó de sentenciar al navío turco. Era una lástima, pues parecía que el bajel que ahora

comenzaba a hundirse guardaba una carga considerable en sus bodegas, pero era lo que la prudencia dictaba.

—¡Largad las velas! ¡Bogad! ¡Bogad!

Alojaron a los heridos en la carroza de popa y la tripulación regresó a sus puestos con las miradas clavadas en las dos embarcaciones que se dirigían hacia ellos desde el horizonte. Una de ellas era una galeota de dieciséis pares de remos en cada banda y razonablemente artillada. La temible galera Alhambra navegaba rezagada algunas millas: era un imponente navío de sesenta remeros en cada banda y tan armado de artillería que parecía un castillo flotante.

Aunque el tamaño de la nave cristiana rivalizaba con la Alhambra, su artillería y dotación eran considerablemente menores, así que viró en dirección a la galeota. Aun así, el capitán Manzúa esbozó una ligera sonrisa mientras mantenía la mirada fija en su nueva presa, pues tras casi un año de intensa búsqueda por aguas mediterráneas por fin tenía frente a él a la Alhambra.

—Recemos para que el capitán Martell no se demore —apuntó el contraмаestre a sus espaldas—. Si la Alhambra nos embiste aún trabados con esa galeota, nos provocará un daño considerable.

—Recemos para que no se precipite —replicó el capitán con una mueca en el rostro—. Mi hermano no es estúpido y huirá si huele nuestra emboscada.

—Vuestro hermano ha sido el que os ha tendido esta trampa —replicó el contraмаestre—, no rehuirá el combate.

El capitán de navío

Jorge Manzúa guardó silencio durante un largo instante. La Toledana ganó velocidad y se deslizó sobre las aguas como una sierpe marina. Necesitaba llegar hasta la galeota turca con rapidez y trabar combate contra ella, ofreciéndole la oportunidad a su hermano de embestir a su nave por la popa a pesar de los temores del contraмаestre. Trabados de aquella manera, la artillería de la Alhambra quedaría inutilizada para enfrentarse a las naves de refuerzo que dirigía el capitán Martell. No le importaba el peligro que suponía ofrecerse como carnaza en aquella trampa, pues anhelaba atrapar a su hermano doce meses después de su último enfrentamiento en costas levantinas.

Una voz lo obligó a dirigir la mirada hacia la popa, donde uno de los vigías había anunciado la llegada de la galera del capitán Martell y dos galeotas más de refuerzo.

—¡Boga larga! —ordenó con furia.

El cómitre aceleró el ritmo de su silbato y los látigos de sus dos ayudantes dibujaron nuevas muescas en los forzados. La galeota enemiga había divisado la llegada de refuerzos cristianos y viró a estribor en redondo. El capitán golpeó la baranda con frustración al descubrir la maniobra de evasión. Era imposible recortar la distancia entre ambas galeras, pues la distancia era severa y la Alhambra mucho más rápida que ellos. Ordenó al piloto mantener el rumbo hacia la galeota que trataba de alejarse y giró el rostro hacia la carraca que se hundía a sus espaldas. Quizá el capitán Martell podría llegar a ella antes de que el mar se la tragase. Se ajustó el cinto, comprobó la mecha de su pistola y se caló el sombrero con determinación.

—Al menos haremos buena presa con esos piratas hideputas —dijo mientras dirigía la mirada fiera hacia el contramaestre.

Este, viejo marino compañero del capitán durante los últimos años, inclinó el rostro severo y se ajustó el colete de cuero.

El silencio se extendió en la nave quebrado por los crujidos de la madera, los lamentos de la chusma maltratada por los látigos y el sonido del silbato del cómitre. Había marcado velocidad de embestida.

El soldado Lope de Santiuste se agazapó tras la empavesada de babor, convenientemente reforzada con camastros, rodelas, mochilas y cualquier impedimenta que sirviera para protegerse del fuego enemigo. Se colocó un morrión maltratado y oxidado, sopló la mecha que mantenía enrollada en su muñeca y comprobó la carga de su arcabuz. Formaba algo rezagado de la proa, donde los soldados más veteranos y diestros en combate aguardaban a que el maestre artillero descargase plomo sobre la cubierta enemiga para formar junto al espolón y aguardar la embestida. Portaban garfios de abordaje, medias picas ensebadas en el extremo para que el enemigo no se las arrebatase, chuzos, algunas pistolas, toledanas y dagas con más muescas que las espaldas de la chusma, quien se dejaba el alma y los hígados para ganar velocidad antes del impacto. La galeota había virado ligeramente, consciente de que era inútil mantener la huida, y trató de encararse a ellos para descargar el plomo de su artillería de proa. Sin embargo, el capitán don Jorge Manzúa había previsto el movimiento y la galera se escoró para compensar el giro enemigo y cargar contra la proa. Aun así, el enemigo disparó con ganas la artillería dotada en la banda siniestra, de manera que los esmeriles y pedreros escupieron las pelotas de plomo sobre la cubierta cristiana, bien acompañadas por el fuego de mosquete y las flechas mahometanas. Lope maldijo en voz baja mientras escuchó el lamento de uno de sus compañeros, posiblemente malherido por la descarga.

—¡Ahora! —rugió el teniente García de Mahón, un hombre de tez curtida por el sol, veterano de mil encuentros y de mirada tan fiera como el propio Barbarroja—. ¡Abrid fuego!

Era el momento en el que tanto la artillería como los tiradores de la galera, entre los que se sumaba Lope, debían descargar sobre la cubierta enemiga instantes antes de que el espolón impactase sobre el casco turco. Y a fe cristiana que tanto los arcabuceros como los artilleros que manejaban las culebrinas despacharon una buena cantidad de enemigos antes de que la galera embistiese sobre su presa con gran violencia, precedida por el poderoso estampido del cañón de crujía.

—¡Santiago! ¡Cierra! ¡España!

La Toledana alojaba cincuenta soldados y cuarenta marineros bien dispuestos para la pelea, un número muy inferior al que cualquier galera al servicio de su majestad Felipe II cargaba en su borda, pues se trataba de un navío civil armada por el capitán y con licencia de corso. Tales embarcaciones eran escasas y gozaban de poca reputación entre los hombres de armas, pues el corso era una actividad más propia de herejes flamencos, ingleses y turcos. Si un

cristiano español deseaba pelear, debía hacerlo bajo la bandera de su majestad como Dios así lo disponía, y no en un navío corsario por más que el paño que ondeara en el palo mayor fuera español. Y, aunque la Toledana alojaba una tripulación muy variopinta y poco numerosa, donde los viejos soldados que huían del pasado compartían el pan con jóvenes como Lope, criminales que expiaban sus crímenes y otras gentes de reputación tan insigne, ninguno de ellos ignoraba el oficio de las armas y hacían buenas presas cuando abordaban una nave enemiga pues, si bien aquellas gentes pareciesen indignas y de dudosa reputación, combatían con el orden, la fiereza y la maña de los tercios embarcados españoles.

La primera oleada se arrojó sobre la cubierta enemiga y cargó hacia el mástil principal. Lope depositó su arcabuz en el suelo, desenvainó con la diestra su toledana y ciñó una rodela a su siniestra. El teniente alzó una mano y se dirigió hacia el espolón acompañado por Lope y los demás tiradores que formaban la segunda oleada. Una lluvia de plomo y flechas cosechó dos bajas alrededor de Lope, quien se protegió con la rodela y apretó los dientes encomendándose al Altísimo, pues en aquella circunstancia tan solo la voluntad divina, o el mal tino de los arcabuceros turcos, podrían salvarlo de recibir daño alguno. Avanzó con el aliento entrecortado y un ligero dolor en la mejilla izquierda. Recibió un nuevo impacto que le destrozó la rodela y se deshizo de ella. Se reñía sin cuartel a su alrededor, y el capitán Manzúa había ganado la carroza de proa de la galeota, despachando a los tiradores enemigos que habían provocado no poco daño a sus soldados. Lope trabó la toledana en el estómago de un marinero turco que lo había enfrentado con un garrote de madera, luego desenvainó la daga con la mano siniestra y eludió una cuchillada traidora de su contendiente, quien se había arrojado sobre él como si de un demonio teñido se tratase. Lo remató con un movimiento rápido y recuperó la espada.

Avanzó hacia un pequeño grupo de soldados turcos que se habían parapetado tras los restos de una jarcia en la banda de babor, pero resbaló con un charco de sangre que teñía de carmesí la cubierta y tuvo que empeñar toda su voluntad en eludir a los soldados que reñían y alguna cuchillada temeraria. Después de recuperar el aliento observó fugazmente que sobre uno de los bancos de remeros, dos individuos contemplaban el combate parapetados por los restos del mango de su remo y por el cuerpo de su compañero sin vida. Parecían cristianos. La sangre les cubría como una segunda piel, pero sus miradas reflejaban un brillo cargado de esperanza, pues para aquellos forzados cristianos el resultado de aquella escaramuza bien podría representar la ansiada libertad.

Ganó la cubierta con dificultad, pero el combate había cesado tras haber apostado el capitán Manzúa a un pelotón de arcabuceros sobre la carroza que había conquistado y, tras dos certeras descargas, los turcos habían arrojado las armas rindiéndose. Aun así fue necesaria la autoridad de los soldados más veteranos para templar la sed de sangre y venganza de los más

bisoños y evitar más escabechina, ya que cada enemigo apresado les proporcionaría nuevos galeotes con los que reemplazar a los caídos durante el asalto o una suma generosa en el mercado de esclavos de Nápoles. Era costumbre entre aquellas gentes hacer galima tras haber asegurado la presa, así que Lope no se entretuvo demasiado en desherrar a la chusma y se lanzó a recorrer la nave antes de que el capitán ordenase a sus oficiales hacer el recuento del botín. Este regresó a la Toledana con paso severo girando el rostro ante el pillaje de sus hombres. Algunos de ellos incluso desmontaban los bancos de los galeotes, ya que también era costumbre entre los soldados de las galeras turcas y cristianas confiar sus ahorros a algún galeote de confianza. Juan de Visoña, un joven de aspecto gallardo, mostacho incipiente y cabello moreno como su rostro tiznado de pólvora, interrogó a uno de los forzados árabes en su propio idioma y logró arrancarle una confesión algo cargada de oro y escudos españoles cuyo dueño seguramente ya no se encontraba en disposición de reclamar. Minutos después la marinería cristiana tomó la galeota mientras los soldados liberaban a los forzados cristianos e interrogaban a los prisioneros.

El ánimo de la tripulación se soliviantó al descubrir que la galera del capitán Martell, la Real Gloriosa, había logrado tomar la carraca mercante turca con gran trasiego de mercancías, lo cual consideraban injusto pues ellos habían realizado todo el trabajo sucio. Las protestas se transformaron en amenazas al descubrir que el botín descargado en la galera cristiana era de gran cuantía, de manera que media docena de los mejores mosqueteros de la Toledana cargaron sus armas y apuntaron a sus camaradas cristianos, quienes los observaban sonrientes desde la seguridad de la cubierta.

—Contramaestre —dijo el capitán Manzúa con voz ronca y áspera—, informe a la tripulación de que al regresar a Gaeta reclamaré la parte del botín que nos pertenece. Ordene que descarguen los mosquetes, pena de sogas para el que desobedezca, y ejecute a los desobedientes junto a los renegados que encontremos entre los prisioneros de la galeota.

No fue necesaria la pena de sogas para aplacar los ánimos de la tripulación cristiana, pues el hallazgo de dos renegados cristianos entre la tripulación turca templó los ánimos. Tras liberar a quince galeotes cristianos entre lágrimas y abrazos de agradecimiento y encadenar a veinte forzados turcos a los remos de la galera cristiana, el alguacil Corneca se encargó de colgar a los dos renegados del palo mayor de la galeota ejecutando el castigo que aguardaba a todo aquel traidor que renegaba de la fe verdadera y abrazaba la impía secta mahometana. Lo cual, para una tripulación como la que formaba la Toledana, representaba un acto de justicia que cumplían con el mayor de los orgullos.

Pero tampoco habían olvidado la afrenta del capitán Martell, aunque guardaban silencio mientras mantenían las miradas clavadas en la nave cristiana en su regreso al puerto de Gaeta.

El silencio era absoluto, y ni siquiera los forzosos lo quebraban, pues el viento soplaba con fuerza y el combate no había estropeado en demasía el velamen de la galera y la galeota que arrastraba, de manera que habían largado velas ofreciéndoles un merecido respiro.



Y a fe de Lope que la tripulación de la Toledana era terca, pues una vez extraída la quinta parte correspondiente al rey, los dividendos que el capitán Martell repartió entre ellos se les antojaron demasiado exiguos. Y sus sospechas fueron confirmadas tres días después de su llegada al puerto de Gaeta, mientras el piloto Diego de Rota despachaba un vino dulzón y aguado junto a tres camaradas en la taberna Tietta, situada en el puerto de la ciudad. Durante tres jornadas había seguido el rastro de dos oficiales del capitán Martell, el cabo Soria y el sotacabo Martín de Excusa. Eran hombres aficionados al vino, las mujeres, los naipes y a cuanto entretenimiento pudieran ofrecer los tugurios del puerto de la ciudad. Y después de tales jornadas habían despilfarrado tantas monedas como las conseguidas por cuatro camaradas en el trabajo recién finalizado. Era mucho gasto, a su juicio, puesto que aquellos oficiales no habían recibido ganancias del reparto del botín conseguido en la galeota, y con lo obtenido al saquear la carraca que la Toledana había averiado apenas cubría lo gastado durante la primera noche de daifas.

—Avisé vuestra merced al contraмаestre —dijo el piloto a uno de sus camaradas tras dos jarras de tinto. Se mordía las guías del mostacho con la mirada abrasada de ira.

Era un hombre delgado como la hoja de un cuchillo, de mirada aguda e inteligente, fiero mostacho y cabello pulcramente cuidado. Vestía, al igual que sus compañeros marineros, ropas limpias pero humildes, y aunque su oficio los empleaba en la marinería de la Toledana, combatían de manera tan diestra como sus camaradas soldados de armas.

El aludido asintió con la cabeza y dejó la taberna a paso rápido.

—Carlos, salid de la taberna y aguardad no muy lejos. Si salen nuestros amigos, no los perdáis de vista —añadió en voz baja.

Carlos, un marinero fornido de tez morena y cabello oscuro, apuró su pocillo de barro y obedeció en silencio, pero entonces el cabo Soria se incorporó tambaleante y se dirigió hacia el patio interior con la intención de aliviar la vejiga. Diego de Rota alzó un dedo con discreción y su camarada se detuvo un instante.

—Cambio de planes. Avisad a Luis. Nos vemos en el patio trasero —le susurró.

Luego se incorporó mientras su acompañante hacía lo propio y se dirigía hacia el exterior. Mientras Diego atravesaba la estancia giró el rostro al dejar atrás al sotacabo Martín de Excusa, quien sostenía sobre las rodillas a una muchacha de magras carnes y reía sin disimulo. El patio trasero de la taberna era un lugar mal iluminado, de terreno fangoso y nauseabundo.

Localizó al cabo Soria y antes de que sus camaradas acudiesen hasta ellos ya lo había apresado apoyando con destreza un cuchillo sobre el cuello de su víctima. El cabo Soria era un hombre de mediana estatura, algo corpulento, mostacho y barba abundante y rostro ovalado como una rodela. Forcejeó durante unos instantes, pero la llegada de los camaradas del piloto lo convenció de lo inconveniente que resultaría malgastar fuerzas. El desgraciado apestaba a vino, sudor y orín.

—Vais a darnos una información muy valiosa para nosotros —le susurró el contramaestre al oído.

El cabo tragó saliva mientras pugnaba por recuperar la respiración.

—Vos y vuestro camarada habéis gastado en estos días más oro que el que puede disponer media docena de oficiales de mi galera —prosiguió lentamente—. Mucho contante, a fe mía, es el que guardáis.

—Son caudales guardados...

—Son caudales ganados de manera poco legítima —interrumpió el piloto—. Y el dinero que no se merece se gasta con más generosidad que el que cuesta sangre conseguirlo. Y yo barrunto que las monedas que habéis malgastado esta noche nos pertenecen legítimamente a mis camaradas y a mí. ¿No estáis de acuerdo?

El aludido negó con la cabeza con un gesto nervioso y el piloto dirigió su daga a la entrepierna del cabo.

—O habláis ahora, pardiez, u os convierto en bujarrón para el resto de vuestros días, hideputa mentiroso. Y después hablaremos con vuestro camarada: seguro que después de desarbolaros se mostrará mucho más locuaz que vos.

El cabo Soria dudó un instante, pero una ligera presión de la filosa del piloto en sus partes pudendas le animó a confesar entre balbuceos que su capitán escondió la mercancía más valiosa en los almacenes de su nave para descargarla durante la noche siguiente y venderla de contrabando a un mercader llamado Matias Scalani, quien pagó muy generosamente lo obtenido. El reparto de las ganancias fue distribuido entre los oficiales al tanto del negocio y los soldados que colaboraron en la descarga de la mercancía.

—Soy un hombre sabio y justo —le susurró el piloto —, y creo que sois culpable de varios delitos, entre ellos el de contrabando y hurto. Como aprecio vuestra sinceridad, señor cabo, y no deseo que vuestra honra sea mancillada, ahora mismo tomaré una decisión.

Tras pronunciar la última palabra lo degolló con un rápido giro de la daga. Sus camaradas habían formado a sus espaldas con las miradas pendientes al interior de la posada

para alejar a posibles intrusos y observaron con desprecio al desgraciado que se desangraba entre el barro y la suciedad del patio.

—Luis, informad de lo descubierto al resto de la tripulación —ordenó en voz baja mientras limpiaba la daga entre las ropas del recién ajusticiado—. Vos, Carlos, buscad al soldado Lope de Santiuste y acompañadlo hasta la casa de ese tal Scalani, donde os aguardaré. Allí tenemos pendiente una conversación antes de que se descubra el cuerpo del cabo. Lope nos ayudará a revisar sus archivos, ya que es el único hombre de confianza que domina las letras. Yo esconderé el cuerpo para conseguir algo de tiempo.

Pero, para desgracia del piloto, la noticia corrió entre la tripulación de la Toledana como un reguero de pólvora, y muchos de ellos se lanzaron tras los oficiales de la Real Gloriosa en una furiosa cacería más propia de un enfrentamiento en territorio enemigo. La pequeña población de Gaeta, un puerto próspero de comerciantes y pescadores en cuyo puerto ancoraban media docena de galeras, se transformó en un poblado tomado por la ira y la rabia de la guerra. Al conocerse la cuestión, la tripulación de la galera real Mundabad montó en cólera, ya que habían trabado estrecha amistad con los corsarios de la Toledana y los acompañaron de muy buena gana en su montería particular.

Enterado de los pormenores del sucio negocio, y después de recibir la confirmación gracias a la confesión del mercader extraída con la ya conocida habilidad del piloto Diego de Rota, el capitán Manzúa acudió hasta la posada en la que se hospedaba el capitán Martell. Y, tras intercambiar con el interesado algunas palabras muy poco amables, entre las que se pudo escuchar algún «*bellaco filio de la puttana*», «ladrón pirata indigno» y un puñado de lindezas más, ambos echaron mano de sus toledanas envueltos por el tumulto entre partidarios de unos y otros, ocasionando en aquella noche más bajas entre las filas cristianas que las que los moros habían logrado en la última escaramuza. Pues si contra el enemigo, ya sea flamenco, árabe, inglés, francés o bereber, dos españoles son capaces de combatir codo con codo y olvidar sus rencillas, cuando el vino y el orgullo se traban con palabras poco menesterosas y afectan al honor, no queda más solución para el negocio que sangre y acero. Y no todos los envueltos en semejante jarana fueron españoles, ya que la mayoría de los soldados y marineros de otras nacionalidades tomaron partido y aprovecharon la coyuntura para ajustar viejas cuentas; de orgullo y honor iban igual de bien servidos que cualquier súbdito de su majestad don Felipe II de España. Puestos a justificarse, se encontraban en el Reino de Nápoles, tan español como las vascongadas o la propia Castilla. Y si había que ceñirse a las reglas del juego español, ellos no se mostrarían disconformes.

El amanecer alejó los nubarrones del enfrentamiento y los corchetes recorrieron las tabernas y las calles como si de un pequeño y particular campo de batalla se tratara, pues habían

aguardado a que las fuerzas de ambos contendientes menguaran antes de imponer la paz a fuerza de espada y pica cuando los ánimos ya se encontraban más calmados y la mayoría de los protagonistas del acto habían regresado a sus galeras. El alguacil al mando de la plaza, Juan Martínez, era hombre curtido en años y reyertas, y si había logrado perseverar en aquel puesto no había sido gracias a su valentía y arrojo. Si aquellos señores soldados peleaban entre ellos, lo inteligente era dejarlos destriparse con tranquilidad y apresar a los heridos, moribundos y aquellos incapaces de ponerse a salvo. Acogerse a galeras era tan útil para eludir a la justicia como acogerse a sagrado, y no pocas de ellas ganaban tripulantes gracias a tal merced, así que La Toledana reclutó aquella noche una docena de nuevos tripulantes a cambio de cuatro marineros y tres soldados que fueron apresados por los alguaciles o cayeron en la reyerta. En total cuarenta y cinco soldados fueron malheridos, veinte alquilaron un palmo de terreno en el cementerio de la ciudad y diez fueron puestos a disposición del alguacil con heridas menores. De entre los muertos, tres oficiales de la Real Gloriosa, el cabo Soria incluido. Su capitán, don Luis de Martell y Puig, había recibido una mojada muy peligrosa en el brazo izquierdo que a buen seguro lo apartaría un tiempo del servicio.

El gobernador de la ciudad, Pietro Francesco, ordenó a los capitanes de las galeras mantenerse en la bahía hasta que el asunto no fuera solucionado por la justicia, pues el daño ocasionado en la ciudad había sido cuantioso. Se racionó el suministro de comida y agua en cada nave con pena de muerte para todo aquel que se atreviese a romper el bloqueo. Era, de facto, la mejor manera de mantener a todos aquellos soldados en sus correspondientes cárceles flotantes mientras arribaba don Pedro Téllez-Girón y de la Cueva, primer duque de Osuna y a la sazón virrey de Nápoles, quien tras recibir la noticia del altercado había decidido ser él mismo quien juzgase la cuestión, ya que era viejo conocido de alguno de los encausados.

IV

Don Pedro Téllez-Girón y de la Cueva, grande de España y virrey de Nápoles, entre otros títulos, observó al capitán Manzúa con curiosidad. Era un hombre corpulento, de mirada inteligente y autoritaria, rostro ovalado, nariz ligeramente prominente, perilla escrupulosamente cuidada y cabello corto. Vestía jubón de terciopelo oscuro bordado con hilo dorado, calzón corto y medias de seda también oscuras. Se encontraba acomodado sobre un sillón macizo en el salón principal del palacio del gobernador de la ciudad, y había ordenado mantener aquella entrevista a solas. El capitán se detuvo frente a su señor con la cabeza inclinada. Aunque vestía ropas más austeras, había invertido una suma cuantiosa en proveerse de buen paño tras recibir la orden de comparecer frente al virrey. Tomó su sombrero con una mano y se inclinó con una reverencia.

—¿Desea vuestra merced una copa de vino? —Don Pedro señaló con un ademán de la mano derecha un aparador junto a él donde reposaba el caldo en una jarra de cristal tallado con virutas.

—Os lo agradezco, excelencia.

El propio virrey de Nápoles se incorporó y escanció dos copas. El capitán Manzúa inclinó la cabeza al recibir la suya. Don Pedro regresó al sillón con la mirada fija en su invitado.

—Sois el hijo de don Bartolomé de Manzúa y Escarel, conde de Manzúa —dijo tras probar el caldo.

—En efecto, excelencia, soy su segundo hijo.

—Y vuestro hermano Miguel es el tercer hijo...

El capitán Jorge Manzúa giró el rostro con una mueca de desagrado antes de contestar de manera afirmativa. La mirada del virrey brilló con mayor intensidad.

—Vuestra merced combatió en Lepanto, haciéndose cargo de la galera María Magdalena al caer su piloto, ¿cierto?

—Así es, excelencia. Yo asistía al piloto de la nave y tomé la caña del timón cuando este recibió una herida mortal.

—Dicen que guiasteis la galera con tanta presteza como la del mejor piloto de la Armada.

—Hice lo que pude, excelencia, pues apenas contaba quince años entonces.

—Pues a fe de la Casa de Contratación de Sevilla vuestra merced hizo más de lo que pudo, pues vos y vuestro hermano fuisteis tutelados por don Rodrigo de Silva y Castillo, uno de los pilotos más expertos de nuestra Armada.

—Don Rodrigo fue como un padre para nosotros.

—Hasta que fuisteis apresados por el Turco años después...

—Excelencia —interrumpió Jorge con voz áspera, algo insolente—. He sido convocado ante vos para ser juzgado por lo sucedido, no para detallar los episodios de mi vida.

El virrey sonrió ante el descaro del capitán.

—Señor capitán don Jorge Manzúa, os ruego disculpéis mi curiosidad, pues creía que la sentencia de vuestro juicio ya os había sido comunicada...

El aludido alzó el rostro y tensó los músculos.

—¿Sentencia? —inquirió con sorpresa.

—Así es, os he juzgado y sentenciado —respondió don Pedro con desdén.

Se incorporó y depositó la copa vacía sobre la mesa de madera ignorando la mirada perpleja del capitán.

—Pero no he sido informado de la celebración del juicio, ni me he podido defender —protestó este.

Don Pedro volvió a sonreír.

—No debéis temer por vuestra vida —dijo con voz suave—. Habéis recibido la mejor defensa posible, ya que don Osorio de Ruiz, capitán del Mundabad, ha insistido en defenderos.

—¿Y cuál es mi sentencia?

—He anulado vuestra licencia de corso y confiscado la Toledana, que pasará a formar parte de la Escuadra de Galeras del Reino de Nápoles. Vos y buena parte de vuestra tripulación habéis sido condenados a muerte por pillaje y asesinato.

El rostro del capitán empalideció mientras cerraba los puños con rabia. Su mirada refulgió como el chispazo de una pistola.

—Ruego a vuestra merced que se sosiegue —prosiguió don Pedro—, pues no tengo intención de hacer cumplir la sentencia. Al menos a lo que se refiere a vuestras vidas. Os

admiro, don Jorge, pues ya no puedo llamaros capitán. Admiro vuestras proezas y el aciago destino que os separa de vuestro hermano.

Jorge depositó en silencio su copa de vino sobre la mesa mientras trataba de digerir las palabras del virrey.

—El Tercio de Bobadilla está ultimando los detalles de su partida en Milán —informó don Pedro—. Nuestros hermanos católicos en Flandes necesitan socorro, así que, si vuestra merced y el resto de condenados a muerte aceptan sentar plaza en dicho tercio, la pena os será conmutada. Sería una lástima perder a buenos soldados.

—¿El Tercio de Bobadilla? —repitió Jorge con voz grave. Había recuperado la compostura, y ahora parecía tomar consciencia de la situación.

—Solo debéis cumplir una campaña combatiendo a los herejes flamencos y después podéis regresar a Nápoles. Os doy mi palabra de que os entregaré la Toledana y una nueva licencia de corso, en este caso bajo mi autoridad.

—Combatir en Flandes durante una campaña...

—Así es: sobreviva vuestra merced para regresar a Nápoles y combatir bajo mi bandera contra el Turco. Y entonces podremos departir con algo más de tiempo sobre los avatares de vuestra azarosa vida.

Jorge asintió con la cabeza y la inclinó antes de retirarse. En efecto, su vida había sido azarosa, y parecía que una mano maldita se empeñaba en torcer su destino siempre que se encontraba cerca de dar caza a su hermano. Ahora debía servir una campaña y regresar a Nápoles.

Se acarició el mostacho, pensativo, mientras accedía al exterior de la mansión del gobernador. Su hermano había ganado unos meses más de vida...

¿Te apetece acompañar a Manzúa, Lope y al resto de soldados en su viaje hacia Flandes? Será una aventura trepidante plagada de acción, tensión, pólvora, sangre y muchísimo valor. El apoyo de los lectores es clave, pues trato de que el resultado sea lo más profesional posible asumiendo yo los costes de la edición. Para ello, no tienes más que hacer tu reserva en este enlace: [PREVENTA Y CAMINARON SOBRE LAS AGUAS](#)

Y, por supuesto, puedes animar a todo aquel que creas que le puede interesar la novela, compartirla en redes sociales y ayudar a que llegue al máximo número de lectores. Recuerda que, cuantas más reservas consigamos antes del lanzamiento, mejores recompensas recibiréis los lectores.